

NG  
BOOKS

*¡Bailamos?*

**Noni  
García**



¿Bailamos?  
Noni García

Copyright © 2019 Noni García

Título Original: ¿Bailamos?

Publicado en Jerez de la Frontera, 2018

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Ni parte ni la totalidad de la obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier formato electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación o cualquier otro método sin el consentimiento del autor.

ISBN-13:978-1532970078

ISBN-10: 1532970072

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

# Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[EPILOGO](#)

# 1

Estaba aturdida y sentía como si un tráiler hubiera pasado por encima de ella. Apenas podía moverse y le suponía un esfuerzo sobrehumano mantener los ojos abiertos. Sentía estallar su cabeza y un dolor punzante en una de sus piernas. Por lo poco había conseguido ver, sabía que se encontraba en un hospital, la vía que pendía de su brazo así lo indicaba. «¿Qué ha ocurrido?», se preguntó a sí misma en un vano intento de incorporarse en la cama.

Por más que intentaba adivinar qué demonios había pasado, no conseguía sacar nada en claro. Lo último que recordaba era estar en la piscina de Fabián y Lucía. Estaban haciendo planes para salir a esa noche. Iván... Sí, Iván la llamó cuando estaba saliendo de la ducha para decirle que habían quedado a las once en Ritmo Latino.

Bailaron hasta las cinco de la mañana y los cuatro amigos dejaron a Iván en su casa porque había bebido demasiado. Recordaba que se tambaleaba en la moto y a ella le costó la misma vida que se pusiera el casco.

Entraron en la casa y los recibió Salvador, el chico que nunca dormía, que siempre estaba al pendiente del regreso de su hermano cuando salían de fiesta. Con su habitual simpatía, la había ayudado a llevar a Iván a su dormitorio y le pusieron el pijama entre los dos.

Después, recordó que salió de la casa y... Entonces, a la mente de Alejandra acudió el recuerdo del coche que se saltó la señal de STOP del cruce que había al final de la calle.

Ahora ya sabía por qué estaba en el hospital, había tenido un accidente.

La imagen de Salvador corriendo hacia ella mientras hablaba por el móvil acudió a su mente. Él era médico, cirujano traumatólogo, de los mejores del país, aunque nunca habían cruzado más de dos palabras.

«Es muy guapo y esos ojos marrones son... ¡Mierda! ¿Qué me han dado que estoy desvariando de esta forma? ¿Salvador, guapo? ¿De verdad?», pensó mientras pretendía abrir de nuevo los ojos.

Intentó moverse en vano, esta vez hacia un lado, y fue consciente de su pierna estaba colgando. Sí había sentido el dolor, pero no pensó que hubiera tanta gravedad en el asunto, y empezó a agobiarse al pensar en el trabajo, en el concurso de baile... Aquello era un desastre de dimensiones colosales.

Nuevas imágenes llegaron a ella. El recuerdo de llegar al hospital, de Salvador preguntándole cuánto había bebido, a lo que le contestó que solo agua, ya que estaban entrenando para el concurso que tenían en dos semanas. El médico soltó una risa, dándole a entender que no la creía, y se tuvo que tragar sus malos pensamientos hacia ella cuando llegaron los resultados de las pruebas de sangre. Fue entonces cuando le dijo que tenían que operarla, que tenía una fractura múltiple en la tibia.

No sabía si había sido efecto de la anestesia, probablemente sí, pero juraría que le había dado un beso en la frente cuando se estaba quedando dormida. Lo único que recordaba eran sus ojos y sus manos sujetando las suyas.

Y no, no había sido por la anestesia, le había dado un beso en la frente, le había acariciado la cara y no había soltado su mano hasta que cayó en un profundo sueño.

Salvador la operó, hizo magia con sus manos y esperaba que no le quedaran demasiadas secuelas, ya que la operación había sido muy complicada.

La observaba desde la puerta, ya estaba despertando y no sabía si entrar a verla o esperar un poco más, aunque estaba cansado y deseoso de volver a casa para dormir después de aquella noche infernal. Así que se decidió y cruzó el umbral.

—¿Ya estás despierta?

—Sí. No puedo hablar, tengo la garganta seca.

—Es normal, pero no puedo darte agua todavía. En media hora te subirán a la habitación, aunque creo que tu padre está moviendo cielo y tierra para trasladarte a una clínica privada.

—No, quiero quedarme aquí. No pienso ir a ninguna clínica privada.

—Pero tu padre...

—¡Mi padre puede decir misa! Aquí me han operado, tú eres mi médico y de aquí no me mueve nadie.

—¡Qué mal despertar tienes!

—¿Estás bromeando? Nunca te he visto bromear, ni reírte. Deberías hacerlo más, tienes una sonrisa bonita.

—Gracias... Bueno, yo... Esto... —Salvador no sabía qué decir ante aquellas palabras, no había pensado que ella pudiera pronunciarlas alguna vez, porque siempre la había tratado como un capullo—. En un rato, vendrá a buscarte un celador para llevarte a tu habitación, y si decides quedarte, te veré más tarde.

—Me quedo. A mis treinta y dos años nadie va a decirme lo que tengo o no tengo que hacer.

Los ojos de Alejandra se cerraron y el sueño venció a sus ganas de seguir hablando con Salvador. Momento que aprovechó él para admirar la belleza del rostro golpeado de aquella niña de papá a la que tanta tirria tenía, que siempre lo había sacado de sus casillas y que le atraía de la misma forma desde el día que se conocieron, hacía ya muchos años.

## 2

Ya estaba en la habitación y, como siempre, estaba sola. Sus padres ya debían estar al tanto de lo que había pasado, así que no entendía por qué todavía no habían aparecido por allí. Aunque tampoco era que le extrañara demasiado: su padre estaría trabajando y su madre gastándose el dinero que él ganaba.

De pronto, sintió ganas de volver a ver a Salvador. No se llevaban muy bien, pero era la única compañía que tendría durante un buen rato. Sonrió al pensar en lo bien que le quedaban las gafas, la bata, esa barbita de tres días... Y pensó que nunca lo había visto de esa guisa, siempre estaba bien afeitado e impecable, para eso era único. Nunca se había fijado en lo guapo que era cuando sonreía... Básicamente, porque él nunca solía hacerlo delante de ella.

Escuchó voces en el pasillo y volvió del mundo en el que estaba sumida. Su padre hablaba un poco más fuerte de lo políticamente correcto y parecía enfadado. La puerta se abrió de forma violenta, sobresaltando a Alejandra.

—Dile a este médico que quieres irte de aquí, que nos vamos a la clínica de tu tío Rafael.

—No, papá.

—¿Lo ha escuchado...? ¿Cómo que no? —La cara del hombre se transformó en algo parecido a un cuadro de Picasso.

—Aquí me han atendido, me han operado y es donde trabaja mi médico. De aquí no me muevo.

—Alejandra...

—Sabes que es inútil discutir conmigo y que nunca me han importado los lujos. Aquí hay buenos profesionales y aquí me quedo.

—¿A quién habrás salido tan cabezota?

El padre de Alejandra salió de la habitación maldiciendo, pero sabía que



cuando llegara al final del pasillo se le habría pasado. Eran como dos gotas de agua, pero ella siempre salía ganando porque era su niñita consentida, aunque nunca aceptara su dinero.

—Deberías sopesar el ofrecimiento de tu padre. La clínica de tu tío es una de las mejores de España y...

—No es necesario, aquí también hay buenos profesionales, ¿no?

Alejandra se arrepintió al instante de clavar sus ojos en los de Salvador. En ese momento fue consciente de que babeaba por él, de que lo había hecho desde el día que lo conoció, aunque nunca le hubiera dicho nada a nadie... Tampoco ayudaba mucho saber que él no la aguantaba.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar con la pierna así? —preguntó en un vano intento de apartar los pensamientos que estaban rondando su cabeza—. Ya sé que no podré concursar dentro de dos semanas, pero en cuatro meses hay otro concurso y...

—Mínimo, tres meses.

—¿Tres meses? ¡Ay, que me da! —Eso era mucho tiempo y no le hacía ni pizca de gracia el asunto; no solo por los concursos, eso era lo de menos, sino por el trabajo.

—Después rehabilitación y...

—¿Y?

—Puede que te queden secuelas, la fractura fue complicada... Yo hice un buen trabajo, pero todo depende de cómo cicatrice.

—¿No podré volver a bailar? —Una lágrima se le saltó—. Y tengo que trabajar, la moto no se paga sola y ahora mi sueldo será menor.

—Pero tu padre puede ayudarte con eso.

—No, no, no. Es mi moto y la pago yo. ¿Todavía no te has dado cuenta de que no quiero el dinero de mi padre? Lo único que he permitido que me pague han sido los estudios y los cursé en universidades públicas.

—¿Universidades? ¿Has estado en más de una? —La curiosidad se apoderó de Salvador, y una vez más pensó lo peor de ella, que había ido de universidad en universidad porque no conseguía encajar en ninguna, como la niña malcriada que sabía que siempre había sido, sus desplantes hacia su padre no se los creía.

—Pues claro... Con la edad que tengo, me ha dado para estudiar mucho. No sé si lo sabes, pero soy mayor que tu hermano y mayor que tú.

—No sabía que... En realidad, no he sabido que eres mayor que yo hasta que esta mañana vi tu historial médico.

—Iván se sentó a mi lado el primer día de clases y desde entonces somos amigos, pero yo ya había terminado la carrera de psicología cuando empecé la de magisterio. Le asombró mucho cuando llegó mi cumpleaños y supo mi edad. No los aparento —sonrió, le guiñó un ojo y hasta coqueteó sin querer con Salvador—. Bueno, no mucho mayor, solo tengo diez meses más que tú, no soy tan vieja. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Por qué no te caigo bien?

—¿Perdona? —Esa pregunta por parte de ella lo dejó fuera de juego—. Esto...

—No hace falta que contestes, Iván ya me contó que es por soy una niña pija de papá.

—¡Vaya! Mi hermano es como para tener secretos... No esperaba que fueras tan directa.

—No lo niegas. Pues que sepas que no soy una niña de papá, que vivo en un piso de cincuenta metros cuadrados que me compré el año pasado y que pago puntualmente cada mes la hipoteca y el préstamo de la moto, lo que quiere decir que llego bien justita a final de mes, pero no acepto ni un céntimo que no haya trabajado. Por eso, también compito en los concursos de baile y

doy clases privadas por las tardes, para poder darme algún que otro capricho y pagar los extras.

Sus palabras consiguieron que se sintiera como una escoria, no tenía ni idea de que así fuera su vida, nunca se había molestado en saber nada de ella, no había querido acercarse demasiado porque despertaba cosas en él que le habían hecho mucho daño en el pasado, por culpa de alguien como ella... Bueno, ya le había quedado claro que no era el tipo de mujer que creía que era.

—Creo que te juzgué mal y eso hizo que no me molestara en conocerte. Eso y... En fin, te pido disculpas. En menos de doce horas ha cambiado mucho mi concepto de ti.

—¿Debo sentirme halagada? —Le hizo un pestañeo exagerado y se llevó la mano al pecho, haciendo que Salvador soltara una carcajada.

—Ahora tengo que irme, pero vendré luego. La policía tiene que estar al llegar y necesitarán mi declaración porque vi el accidente.

—¿Viste el accidente?

—Sí, cuando llevamos a Iván a su habitación, se te cayó la cartera al suelo. Salí a buscarte y lo vi todo. —Salvador se levantó de la cama, donde se había sentado unos instantes antes y se acercó al cabecero de la cama—. Tengo que seguir trabajando. Hasta luego.

Le dio un beso en la frente y salió de la habitación, dejando completamente sorprendida a Alejandra, que supo que no sería fácil de olvidar ese momento, aunque supiera que Salvador era un imposible.

### 3

#### *Dos semanas después*

Alejandra estaba inquieta. Deseaba con todas sus ganas que Salvador entrara por la puerta y ese día sí le diera el alta. Ni el hecho de estar sola, de que no estuvieran sus padres para llevarla a casa, mermaba su ánimo. Cogería un taxi si era necesario, pero necesitaba salir ya de ese hospital de una buena vez. La habían tratado bien, no tenía queja alguna, pero ver casi a diario a Salvador era más de lo que podía soportar. Empezaba a gustarle demasiado su compañía, a gustarle demasiado él, y eso no le iba a traer nada bueno. Sabía de la aversión de él hacia ella, solo estaba siendo amable, tratándola como a una paciente cualquiera, quizás un poco mejor por ser la amiga de su hermano, nada más.

Solo era las diez de la mañana cuando un médico que no conocía de nada entró en la habitación, no era quien esperaba ver, pero si la mandaba a casa, le daba igual. Entonces, recordó que Salvador había cogido vacaciones el día anterior, era imposible que fuera él el que le diera el alta.

—Buenos días, Alejandra, soy el doctor Muñoz.

—Buenos días, doctor.

—Imagino que estás deseando salir de aquí, ¿no?

—Imagina bien.

—Pues me alegra decirte que en un rato te traerán los papeles del alta y podrás irte a casa.

—¡Por fin!

—¿Hay alguien contigo que pueda llevarte?

—No...

—Te podemos tramitar transporte en una ambulancia, pero puede tardar, incluso ser esta tarde.

—De eso ni hablar, pido un taxi que es más rápido.

—Lo dejo a su elección. ¿Necesita que venga alguna auxiliar para ayudarla a vestirse?

—No, no es necesario. Muchas gracias.

El médico salió de la habitación y se dirigió a la secretaría de la planta para cursar el alta de Alejandra. En el camino se cruzó con Salvador y sonrió sorprendido, ya que se suponía que estaba de vacaciones.

—¿Tú por aquí?

—Sí, he venido a ver a una amiga. Creo que hoy ya le dan el alta.

—¿Alejandra?

—Sí, Alejandra.

—Ahora voy a cursar su alta. Iba a vestirse para que la bajara un celador y coger un taxi.

—Pues está de suerte. Tramita el alta rápido y yo la llevo a su casa.

—En un cuarto de hora la tienes lista.

Salvador continuó su camino hasta la habitación de Alejandra y abrió al encontrar la puerta entornada. No esperaba lo que iba a encontrar. Ella le daba la espalda, vistiendo tan solo unas braguitas de encaje blancas, con su melena castaña de tirabuzones recogida sobre uno de sus hombros hacia adelante e intentando abrocharse el sujetador, intentando mantener el equilibrio sobre la pierna sana.

Se acercó a ella, entre hipnotizado y excitado por la visión que tenía delante, intentando no hacer ruido para que no se asustara y perdiera la estabilidad.

—No deberías dejar la puerta abierta mientras te cambias de ropa —dijo cuando estaba lo suficientemente cerca para cogerla si caía del susto.

—¡Joder!

Como era de esperar, Alejandra perdió el equilibrio y Salvador se encargó de tomarla por la cintura para que no cayera ni se hiciera daño en la pierna. Su espalda quedó pegada a su pecho y no pudo evitar abrazarla, aumentando el contacto entre ellos.

—Aparta, Salvador, estoy desnuda...

—No sería la primera vez que te viera sin ropa...

—¿Cómo?

—Fui tu cirujano, yo estaba presente cuando te desnudaron y taparon con una fina sábana... —susurró en su oído a la vez que acariciaba su vientre, haciendo círculos alrededor de su ombligo.

Un ruido en el pasillo hizo que se rompiera la magia del momento. Salvador se apartó de Alejandra, le abrochó el sujetador y se dio la vuelta para que terminara de vestirse.

Alejandra no tardó más de un par de minutos en estar lista. Se puso un vestido de lana, y una sola media de liga, ya que la otra pierna la tenía escayolada.

Un incómodo silencio se instaló entre ellos en los siguientes minutos, hasta que alguien tocó la puerta con los nudillos. Era el doctor Muñoz con unos papeles en las manos.

—Aquí tienes el alta, ya eres libre de irte a casa.

—Muchas gracias, doctor.

—Gracias, Antonio.

—No hay que darlas. Nos vemos cuando vuelvas de tus vacaciones, disfrútalas.

El doctor salió de la habitación y quedaron a solas otra vez, aunque no por mucho tiempo, ya que llegó un celador con una silla de ruedas, dispuesto a llevarlos hasta la entrada del hospital.

Salvador salió primero para ir a coger el coche del *parking* y recogerla en la puerta, así no tendría que andar, cosa que iba a estar complicada porque no tenía muletas. Mentalmente se anotó que debían pasar por la ortopedia antes de ir a casa de Alejandra.

Aparcó en la puerta principal del hospital y la ayudó a subir al coche. Arrancó rápido para que no le llamara la atención el personal de seguridad del recinto.

El silencio se instaló entre ellos con una incomodidad asfixiante, suerte que la ortopedia estaba cerca del hospital y el momento se vio interrumpido.

Alejandra se quedó en el coche, y en su cabeza no dejaba de dar vueltas el momento que había compartido con Salvador un rato antes, en la habitación del hospital. Sintió, o quiso sentir, que había cierto toque de sensualidad en los susurros al oído, en el abrazo de la cintura. Había deseado tanto antaño disfrutar de momentos así con él... Pero nunca había sido cercano con ella, y aprendió a esconder ese sentimiento que le provocaba cosquillas en el estómago.

«No, no puedo estar ilusionándome con un imposible», pensó mientras sacudía la cabeza, como intentando expulsar el pensamiento de ella.

Salvador salió de la ortopedia con una sonrisa en la cara y mostrándole las dos muletas. Alejandra se sorprendió al ser consciente de que eran para ella, ya que no se las había pedido, aunque le vendría genial para moverse por su casa.

El hombre abrió una de las puertas traseras del coche, las dejó reposar en el asiento y subió al coche.

—¡Muchas gracias! —exclamó Alejandra y no dudó en darle un beso en la mejilla, haciendo que el hombre se la tocara.

—No hay que darlas.

—Tienes que decirme cuánto te han costado...

—No hay nada como ser traumatólogo de un hospital para que en una ortopedia te hagan la pelota, en este caso, regalándome unas muletas.

—¿En serio? Bueno, pues yo tengo que pagar por ellas, que yo no soy traumatóloga. ¿Te invito a comer hoy?

—Bueno...

—Eso sí, tendremos que pedir comida a domicilio, como bien comprenderás, no estoy hoy para ponerme a cocinar.

—Está bien, acepto.

Emprendieron el camino hasta la casa de Alejandra, quien iba pensando que ni ella misma se entendía. Unos minutos antes estaba pensando que no era buena idea ilusionarse con un imposible y, en vez de alejarlo, lo acercaba más a ella.

Salvador miraba a la carretera conteniendo una de esas sonrisitas tontas que delatan la ilusión que te hacen algunas cosas. Pensó que no tardaría en apartarlo de ella, a fin de cuentas, nunca la había tratado demasiado bien por haberla juzgado antes de tiempo y por lo que tuvo que sufrir en su relación anterior, pero ella, lejos de hacerlo, lo había invitado a comer ese día en su casa. Sabía que probablemente lo hiciera por agradecimiento, pero no podía evitar sentir un cosquilleo en cierta parte de su cuerpo que le hacía pensar que sus actos nada tenían que ver con querer darle las gracias.



## 4

### *Tres meses después*

Había llegado el gran día. Al fin iban a quitarle el yeso a Alejandra, después de tres aburridos meses por no haber podido trabajar, salir a hacer deportes por las tardes, ni ir a bailar con Iván, Fabián y Lucía. Aunque tenía que reconocer que sus días habían sido menos soporíferos gracias a sus amigos y a la compañía de Salvador, que había ido a visitarla casi a diario.

A esas alturas del partido, ya no podía obviar el hecho de que cada célula de su cuerpo estaba perdidamente enamorada de ese hombre, por más que estuviera segura de que él no sentía lo mismo, en ningún momento le había dado signos de que así fuera ni se había insinuado.

Una vez por semana, la llevaba a su colegio para llevar el parte de baja y saludar a sus niños, a los que echaba muchísimo de menos, y aprovechaban para ir juntos a hacer la compra; ella podía hacerla perfectamente por internet y se la llevaban a casa, donde alguno de sus amigos se encargaría de guardarla, pero compartir aquellos momentos con él, le alegraban el día.

Otras veces, se presentaba por las noches en su casa cargando con la pizza que más le gustaba, y se quedaban hablando hasta altas horas de la noche. Muy a su pesar, ya que ella hubiera preferido que hicieran otro tipo de cosas más interesantes.

Tumbada en la camilla, deseaba que todo estuviera bien, esperaba poder volver pronto a la rutina y hacer deporte, porque no había parado de comer y había cogido cuatro kilos. Salvador siempre le decía que no se le notaban, pero ella sabía que estaban ahí y que tenía que deshacerse de ellos, no solo por mantener su figura, sino por su salud.

Increíblemente, aquel día, su padre había buscado un hueco en su apretada agenda para poder llevarla al hospital y quedarse con ella hasta que volviera a casa. Su madre no había podido ir, tenía sesión de peluquería, pero mejor así porque seguro que hubiera pasado el mal rato de su vida, mirándolo todo con cara de asco, como si allí se fuera a contagiar de cualquier enfermedad mortal.

«¿Cuándo va a llegar Salvador?».

La impaciencia la estaba consumiendo, quería que le quitaran ya la escayola y poder plantar el pie en el suelo, aunque sabía que tendría que usar muletas y le quedaban algunos meses de rehabilitación. Y entre divagaciones, la voz de Salvador la sacó de sus pensamientos:

—Buenos días.

—¡Al fin llegas! Me tenías desesperada.

Salvador sonrió al escuchar sus palabras, porque siempre le podía la impaciencia, y tenía que reconocer que le encantaba la efusividad con que vivía cada momento.

—No te hago esperar más, pero recuerda que tienes que andar con las muletas y tienes que venir todos los días a fisioterapia.

—¡Sí, señor!

—¡Qué payasa eres!

Salvador soltó una carcajada en la que se perdió Alejandra, embelesada. Le encantaba hacerla reír, porque su sonrisa era preciosa e iluminada hasta la más densa oscuridad.

Le quitó la escayola con la ayuda de la enfermera y su padre la ayudó a bajar de la camita. Anduvo un poco con las muletas, pero se cansó rápidamente, ya que sus músculos estaban atrofiados. Salvador acudió rápidamente con una silla de ruedas que tenía preparada fuera de la habitación en la que se encontraban.

—Bueno, pues aquí tienes la cita conmigo para dentro de unos días y te

puedes marchar a casa.

—¿Podría ayudarla a bajar algún celador mientras voy a por el coche? — preguntó el padre de Alejandra a Salvador.

—No se preocupe, yo la bajo ahora.

El hombre salió de la habitación, dejándolos solos, y Salvador pidió a la enfermera que volviera a su trabajo, así se quedarían podrían hablar con calma.

—¿Estás contenta?

—Muchísimo. No sabes las ganas que tengo de valerme por mí misma, sin tener que pedir ayuda a Lucía para ducharme o a ti para hacer la compra...

—Vamos, que ya no me necesitas como un grano pegado a tu culo...

—Tampoco es eso. Me cae bien el tipo al que he conocido durante estos meses, no se parece en nada al estúpido del hermano de mi mejor amigo.

—Vaya... Bueno, será mejor que te ayude a bajar o le echarán a tu padre una buena bronca por estar parado donde no debe.

—Vale.

Bajaron en el ascensor. Lo nunca visto, una paciente empujada por un médico, pero ahí no eran eso, solo dos amigos, uno ayudando a otro y con cierto miedo consumiéndolos.

Estaban llegando a la puerta cuando Alejandra le pidió que parara, haría los últimos metros andando con las muletas.

—Gracias por acompañarme.

Se acercó a él para darle un beso en la mejilla, como hacía siempre que se despedían, pero Salvador decidió que no era lo que quería y no giró la cara para recibirlo. Los labios de Alejandra se posaron sobre los suyos. Solo fue un instante, ni tan siquiera un segundo, el tiempo suficiente para dejarlos sin palabras.

—Lo siento, yo... —dijo Salvador, consciente de que no debería haberlo

provocado.

—Y yo...

Alejandra volvió a acercar sus labios a los de él. Había deseado que ese momento fuera una realidad desde hacía muchos años, casi desde el día que se conocieron, y no pensaba desaprovechar la oportunidad, pero un pitido los hizo volver a la tierra. Era su padre, ese hombre del que se habían olvidado por completo.

—Bueno, vamos hablando —balbuceó ella mientras se giraba.

—Sí, luego... Cuando yo termine...

Un nuevo pitido volvió a sonar, sacándola de sus casillas, y avanzó todo lo rápida que le permitía hacerlo su situación. Subió al coche ante la atenta mirada de Salvador, deseosa de que se presentara en su casa cuando terminara su turno, como tantas noches había hecho, aunque mucho temía que no sería así, que aquello había sido un error y que probablemente no sabría nada más de él hasta que volviera a la consulta diez días después.

## 5

Diez días después, Alejandra solo había tenido noticias de Salvador a través de algunas llamadas y muchos mensajes de WhatsApp, pero ninguna visita.

El día de la consulta, la actitud de ambos fue cercana, como había sido esos tres meses atrás, y Alejandra creyó que todo iba a volver a ser así entre ellos. Sin embargo, se equivocó.

Estaba a punto de salir de rehabilitación, quince días después de la consulta, y la alegría reinaba en ella. Había hecho muchos avances, su fisioterapeuta no podía creer que todo fuera tan rápido. Estaba siendo muy duro, pero merecía la pena.

Caminaba por el pasillo, ayudada de las muletas, cuando vio que en su camino se cruzaba Salvador. En un principio, sintió alegría, mas después se tornó rabia. Ya casi ni la llamaba y los mensajes habían disminuido cuantiosamente en esos quince días.

—Hola —dijo ella al no tener más remedio que pararse, ya que él le cortaba el paso.

—Hola, ¿cómo va la rehabilitación? —preguntó tras darle dos besos.

—Bien, gracias. —Alejandra hizo el intento de esquivarlo y seguir su camino—. Tengo que irme, me está esperando...

—Te acompaño.

—No es necesario, puedo sola.

Siguió su camino sin mirarlo, cuanto más lejos lo tuviera, mejor sería para ella. A fin de cuentas, había dejado claro que solo se había acercado a ella porque necesitaba sus cuidados, y cuando ya no había necesitado tanta ayuda, no había dudado en desaparecer y limitar la relación que había entre ellos... También podía ser que aquel beso accidental lo hubiera estropeado todo. Esos

tres meses parecían haber sido un espejismo.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Salvador.

—Nada.

—Estás muy rara, no eres la misma de siempre.

—Tú tampoco. Hasta luego, Salvador.

—Alejandra...

Lo dejó con la palabra y continuó su camino. Era lo mejor que podía hacer, no pensaba perder el tiempo con un hombre que volvía a ser el mismo capullo de antes del accidente.

Iván saludó a su hermano desde el coche y Alejandra se subió al asiento del copiloto. Arrancó el coche y salieron del recinto hospitalario. Su amigo la miraba y sonreía, ahora era más que evidente lo que ella sentía por su hermano, lo que llevaba ocultando desde el día que los presentó. Habían sido muchas las veces que había soñado en que entre ellos surgiría algo, pero sabía que era complicado por lo tocado que Salvador había salido de su última relación.

—¿Qué te pasa? ¡Tremendo cabreo llevas, guapa!

—Pues que tu hermano es gilipollas. Pasa de mi culo desde que tuvimos la última consulta y pretende que esté con él como siempre.

—Bueno... Demasiado estaba aguantando junto a alguien.

—¿Junto a alguien? Aunque te niegues a creerlo, entre él y yo no ha pasado nada... Vale, solo un beso en la puerta del hospital el día que me quitó la escayola, pero fue un accidente, nada premeditado.

—¿En serio? Creí que vosotros ya...

—Pues no, y ahora mucho menos.

—Es raro... Normalmente, desde que Lorena lo mandó al carajo, tiene un par de citas con una mujer, pasan unos buenos ratos en la cama y después pega la estampida. No sé cuándo va a ser capaz de tener de nuevo una relación

estable. Esa zorra le hizo mucho daño.

—Pues conmigo te aseguro que no va a ser. Ni cita ni cama ni nada, no hemos tenido nada.

—Pues no lo entiendo, te juro que no lo entiendo. Habéis pasado tres meses juntos, pegados como dos lapas, algo que nunca hubiera esperado de mi hermano, incluso llegué a pensar que tú serías la que cambiara su forma de ser con las mujeres, que esta vez no saldría huyendo. No sé, entre vosotros se ve a leguas que hay algo... Creo que estáis haciendo el tonto desde el día que os conocisteis.

—De verdad, tú flipas mucho.

Alejandra guardó silencio unos segundos, pero Iván sabía que tenía algo atravesado que quería preguntar y no se atrevía.

—Suéltalo.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué me conoces tan bien? —Guardó silencio durante unos segundos, indecisa de si debía o no preguntar—. Nunca me has contado nada de Lorena. ¿Qué le hizo?

—¿Salvador te contó por qué te juzgó mal desde el día que te conoció? —Alejandra negó con la cabeza—. Cuando estaba en el instituto, se enamoró de una compañera de clase y fueron novios durante tres años. Sus padres estaban bien posicionados económicamente y la mandaron a estudiar a una universidad privada en Barcelona. Dos meses después, ella lo dejó porque, palabras exactas, «se había enamorado de alguien de su posición».

—Pero yo no soy así, Iván.

—Él solo vio en ti a otra niña rica... Por eso creo que siente algo por ti. Si te hubiera mirado solo como mi amiga, no tendría por qué haber actuado de esa forma contigo desde el primer momento.

—Ya sabe que no soy así... ¿Por qué sigue alejándose de mí?

—¿Estás reconociendo que es verdad lo que digo y que te gusta?

—¡Joder, Iván!

—No puede evitar tener miedo.

—¡Dios! Te juro que me dan ganas de darle dos collejas... En fin, lo nuestro nunca será, así que no voy a seguir comiéndome la cabeza.



Tras comer juntos y pasar la tarde de compras, Iván la dejó en su casa y sonrió al ver que el coche de su hermano estaba aparcado a pocos metros de la puerta del edificio en el que vivía Alejandra.

La chica bajó, la vio entrar y continuó su camino, aunque paró a la altura del otro vehículo y bajó la ventanilla. Salvador, al verse descubierto, dio un respingo e hizo lo mismo.

—¿Cómo tú por aquí, hermanito? —preguntó Iván con sorna.

—Yo...

—Está muy enfadada contigo.

—Voy a intentar hablar con ella.

—Lleváis siete años haciendo el tonto, solucionadlo ya, ¿vale?

Salvador vio cómo su hermano se iba y lo dejaba con la palabra en la boca. Así que bajó del coche y entró en el edificio, que tenía la puerta de la entrada averiada y estaba abierta. Subió por las escaleras, necesitaba pensar un poco, dilatar el momento de enfrentarla, aunque no duró mucho el paseo, ya que vivía en el segundo piso.

Llamó al timbre y esperó paciente a que ella llegara hasta allí. Pudo ver cómo miraba quién era a través de la mirilla y escuchó un suspiro. Temió que no abriera, pero finalmente lo hizo.

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.



—¿De qué?

—¿Puedo pasar?

Alejandra se hizo a un lado y Salvador entró en la casa que se había convertido en su lugar de destino casi a diario mientras ella estuvo con la pierna escayolada.

—Habla.

—Solo quería decirte que siento mucho haberme distanciado y que me gustaría que siguiéramos siendo amigos...

—¿Amigos?

—Sí...

—¡Eres un mierda, un jodido cobarde! Has estado tres meses enamorándome día a día para desaparecer de golpe y porrazo y dejarme hecha una mierda. Yo no tengo la culpa de lo que te pasó. ¡Yo no soy ella!

—Alejandra...

—No vuelvas a hablarme, no vuelvas a acercarte a mí y no te pido que me olvides porque sé que nunca he significado nada para ti.

—¿Que no has significado nada para mí? Si no hubieras significado para mí, nunca me habría alejado de ti.

—Adiós, Salvador.

Alejandra hizo el intento de abrir la puerta para que se fuera, pero él la paró. Se colocó delante de ella, tomó su cara, la miró a los ojos, después a los labios y la besó.

Al principio, ella se resistió, aunque solo fue durante un par de segundos, después se dejó llevar por todo lo que le hacía sentir, por su suavidad, porque era algo que había deseado desde el mismo día que lo conoció.

Las manos de Salvador acariciaron su espalda y abrazaron su cintura. No podía creer que estuviera besando a Alejandra, que hubiera sido capaz de dar el paso, que sabiendo que ella no era igual que cualquier otra mujer que

hubiera pasado por su cama, el miedo esa vez no había ganado.

A trompicones, Alejandra tiró de él hasta su habitación. Llegados a ese punto, ya no podía parar lo que estaba a punto de suceder entre ellos, a pesar de saber que no pasaría de esa noche lo que tuviera con Salvador, que las conquistas no duraban más de unas semanas a su lado, pero en ese momento era lo que menos le importaba, lo necesitaba.

Se deshicieron de las ropas con urgencia, deseosos de perderse en sus cuerpos. Salvador besó sus hombros a la vez que bajaba los tirantes del sujetador. Alejandra acarició su espalda desnuda y sus labios recorrieron su cuello.

—No sabes cuánto tiempo llevo deseando que pase esto —confesó él.

—No sigas hablando... —rogó ella, temiendo que fueran palabras vacías, sin valor, por el momento que estaban viviendo.

Una vez desnudos, cayeron en la cama. Salvador se coló entre las piernas de Alejandra y volvió a besarla con delirio. No podía creer que aquello estuviera pasando, que siete años después de verla bailar en Ritmo Latino con su hermano por primera vez, al fin la tuviera en la cama y en su vida.

Acarició con sus labios su cuello, bajó por su pecho y se deleitó con sus pezones. Estaba excitada, mucho, por eso ya los tenía duros antes de que empezara a jugar con ellos. No se entretuvo demasiado, su lengua clamaba en silencio deleitarse con otra parte de su cuerpo, y pensaba darle el gusto lo antes posible. Saboreó su abdomen, inhaló el olor de su sexo al llegar a su vello púbico y asaltó su clítoris.

Alejandra se arqueó al sentir el contacto y empujó su pelvis contra la boca que comenzaba a darle placer. Su lengua marcó un ritmo infernal que acompañaron dos dedos traviosos adentrándose en su vagina. Estaba húmeda, podía sentir la facilidad con que entraban y salían de ella, escuchar el sonido del juego en su interior.

Sintió que el orgasmo estaba cerca, pero no quería disfrutarlo sola, quería que él la acompañara, y por ello tiró de su pelo, haciendo que se separara de su sexo.

—No quiero que sean tus dedos los que juegan entrando y saliendo de mí.

—Dime que tienes condones.

Alejandra alargó el brazo, abrió el primer cajón de la mesita de noche y sacó un preservativo de su interior. Lo abrió rápidamente mientras Salvador se erguía y dirigía sus labios hacia los de ella, pero lo paró en el camino, enfundó su más que erecta y dispuesta polla y se abrazó a su cuello, ahora sí, para unir sus bocas.

Salvador entró en ella de una sola embestida, haciendo que Alejandra gimiera ante la sorpresa. Comenzó un baile lento que se convirtió en locura, que los empujaba a querer más, que estaba consiguiendo que perdieran la cordura, que quisieran que aquello no acabara nunca, que el placer que estaban sintiendo fuera eterno.

Quedó apoyado sobre una sola mano, la otra se perdió entre los dos cuerpos y acarició de nuevo el clítoris de Alejandra, que se dejó hacer, que se sentía perdida sin remedio. Y estalló sin poder ni querer evitarlo. Y con su orgasmo arrastró a Salvador, que se dejó caer sobre ella, buscando con desesperación los labios de la mujer que había conseguido tirar sus barreras, que no hubiera temido a sucumbir y creer otra vez en aquello que le hizo tanto daño, en esas cuatro letras que significaban todo en la vida y que él se había empeñado en no volver a sentir. Amor.

## 6

Los primeros rayos de sol entraban de forma abundante por la ventana cuando Alejandra abrió los ojos. Se giró para buscar al hombre con el que había compartido la noche más maravillosa que había tenido en mucho tiempo, pero el otro lado de la cama estaba vacío y un sentimiento de angustia y dolor anidó en su corazón.

Se sentó en la cama y entonces vio una nota sobre la almohada. La abrió y una sonrisa bobalicona se instaló en su cara.

*Estabas durmiendo tan plácidamente que no he querido despertarte. He tenido que irme porque tenía que entrar a trabajar a las ocho y debía pasar por casa para ducharme y coger el uniforme.*

*Escríbeme cuando despiertes y te llamo cuando tenga un hueco.*

*Besos.*

Saltó de la cama y fue directa a buscar el móvil, que había dejado en el diminuto salón de su pequeño piso la noche anterior. Lo cogió y volvió todo lo rápida que su maltrecha pierna le permitió, hacía bastante frío en aquella época del año.

Bajo el calor del nórdico que todavía olía a él, pensó una y mil veces qué ponerle en el mensaje. Se moría de ganas por volver a verlo, por estar con él, pero no quería parecer desesperada ni agobiarlo. Salvador era hombre de una sola noche, y si quería que no saliera huyendo, tenía que ir con pies de plomo... Ese hombre le gustaba de verdad.

*Ya estoy despierta. Espero que tu día no esté siendo un infierno, porque*

*no has dormido demasiado.*

*Besos.*

Lo relejó y consideró que era bastante correcto, así que le dio a enviar y corrió al baño para darse una ducha. Las dos aspas no habían aparecido, probablemente estaría pasando consulta con algún paciente, o incluso en el quirófano, así que esperar sin más era en vano.

El agua caliente caía sobre su cabeza y corría por su cuerpo, y las imágenes de la noche anterior se sucedían una tras otra en su mente. Mientras, en el hospital, Salvador despedía a uno de los pacientes en la puerta de la consulta y se disponía a salir para desayunar. Cogió el teléfono de su abrigo y lo encendió cuando el ascensor abría sus puertas.

Bajó y salió por la puerta de personal, donde se encontró con uno de los oncólogos, que había cursado la carrera con él, aunque después cada uno tomó su rumbo y estudió su especialidad.

—¿Vas a desayunar? —quiso saber Simón.

—Sí, ve cogiendo mesa, tengo que hacer una llamada.

Simón se adelantó y Salvador buscó en la agenda el número de Alejandra. Le había mandado un mensaje unos minutos antes y se moría de ganas de hablar con ella. Necesitaba que supiera que había pasado una noche fabulosa, que se moría de ganas por repetir, que no tenía miedo a que aquello fuera más allá de una noche de pasión. Alejandra había derribado todas las barreras, las que él había construido alrededor de su corazón, había hecho desaparecer de un plumazo sus prejuicios, su rechazo para la gente de su nivel, simplemente porque ella no era así, no era una niña rica. A pesar de que a sus padres el dinero les saliera por las orejas, ella vivía en un piso pequeño, de una forma humilde, sin tirar de papá para llevar una vida llena de lujos.

Los tonos sonaron uno tras otro, pero nadie contestó. Salvador guardó el

teléfono en el bolsillo de la bata y se olvidó de activar el sonido.

Simón le hizo señas desde la mesa que había conseguido en la abarrotada cafetería del hospital. Con una sonrisa que hacía mucho tiempo no visitaba su vida, se sentó junto a su compañero y entablaron una banal conversación hasta que el camarero les puso el desayuno que habían pedido.

—Oye, te veo muy contento —espetó Simón cuando estaban saliendo a la terraza con el desayuno en las manos, huyendo del bullicio que no les dejaba hablar con tranquilidad.

—Yo siempre estoy contento.

—Salva, que te conozco desde hace muchos años, a mí no me engañas.

—No es nada...

—Eso solo puede significar dos cosas. Una no la haces desde que estábamos en cuarto de carrera, a pesar de que era tu mayor pasión, y la otra es complicada, pero esperaba que algún día llegara ese momento y volvieras a sonreír.

—Me conoces mejor de lo que recordaba. Se llama Alejandra y...

—¿Y? ¿Acaso no es uno de tus ligues de una noche?

—No sé, creo que... Esta noche tenemos que hablar, dejar las cosas claras. Sabes que en los últimos años he pasado de relaciones, ella lo sabe, y quiero que todo quede claro entre nosotros, no quiero que piense lo que no es, que haya malentendidos...

—Entonces...

—Esa mujer me vuelve loco, se acabaron las mujeres de una noche. He tardado meses en decidirme, en estar con ella, porque me negaba a aceptar que había vuelto a enamorarme.

—Pues veo que lo tienes muy claro. Esta noche ve a por esa mujer y vuelve a ser feliz, colega.

Los dos hombres terminaron los cafés y volvieron a entrar en el hospital.

Cada uno tomó su camino y Salvador aprovechó para mirar el teléfono una última vez antes de entrar a su consulta y llamar a Alejandra, pero nada lo tenía preparado para el mensaje que tenía en la aplicación de WhatsApp.

*Te odio y no quiero volver a saber nada de ti. No necesitas venir esta noche para decirme nada, ya sé qué querías de mí y no necesito escucharlo de nuevo.*

No entendía nada, hasta que vio el globo de las llamadas perdidas. Accedió a las últimas y vio que había varias de Alejandra sin contestar y una que sí había contestado. Y todo le cuadró. Probablemente, se descolgó en su bolsillo, escuchó parte de la conversación que había tenido con Simón y la había sacado de contexto.

Trató sin éxito contactar con ella, y maldijo que el día fuera tan largo y que su turno no terminara hasta las ocho de la tarde.

## 7

Era casi las nueve de la noche y el teléfono de Alejandra no dejaba de sonar. Salvador insistía una y otra vez en hablar con ella, eran muchos los mensajes que había recibido, pero no estaba dispuesta a hablar con él, no quería escuchar sus tontas disculpas.

Terminó de vestirse y esperó paciente la llamada de Iván. Esa tarde la había invitado a salir a cenar con Fabián y Lucía, para luego ir a Ritmo Latino a menear un poco las caderas, aunque no demasiado porque ella seguía sin estar al cien por cien.

En la entrada del piso, aprovechó para pintarse los labios y ver que lo llevaba todo. El telefonillo sonó y tuvo miedo a contestar; si bien estaba esperando a Iván, habían quedado en que le haría una llamada, no en que aparcaría y subiría a su casa, por lo que le hizo pensar que se trataba de Salvador.

Descolgó tras inspirar profundamente y soltó el aire de golpe al escuchar la voz de Fabián, que le pedía que bajara y que la habían llamado sin obtener respuestas. Y Alejandra recordó que le había quitado el sonido para poder ducharse tranquila, sin tener que escuchar de fondo las insistentes llamadas de Salvador.

Bajó en el ascensor y sonrió cuando se abrieron las puertas y vio el coche de su amigo esperándola. Subió rápidamente, evitando que las pocas gotas de agua chafaran su peinado.

Iván condujo hasta el restaurante al que solían ir los viernes por la noche, allí los esperaba Lucía con el que parecía ser su nuevo ligue, una despampanante morena de metro ochenta que quitaba el hipo.

Cenaron lo mismo que pedían cada vez que iban allí. Hablaron de todo un



poco y fue inevitable que el tema de Salvador saliera a la palestra. Alejandra intentó evitarlo, pero fue imposible.

—Entonces, ¿no has hablado con él? —preguntó Iván.

—Sabes que no, no tengo nada que decirle ni él a mí.

—Él no opina lo mismo... Dice que lo que escuchaste está sacado de contexto...

—De verdad, no quiero seguir hablando del tema. Fui una noche más en la vida de tu hermano y punto.

—Pero...

—¡Por favor!

Iván se dio cuenta de que era para nada seguir intentando que su amiga entrara en razón. Sabía que tenían que hablar, solucionar aquel enredo, su hermano y su amiga estaban hechos el uno para el otro y un puñetero malentendido los estaba separando, así que no lo dudó. Dejó a todos en la mesa, se dirigió al baño y llamó a Salvador.

—Dime, Iván.

—Estoy con Alejandra.

—¿Y? Ya me he cansado de llamar, nunca va a cogerme el teléfono y tú... No sé, entendería que la creyeras, a fin de cuentas, mujeres de una noche han sido la tónica de mis últimos años.

—Pues yo te creo, y por eso te llamo.

—¿Cómo?

—Tenéis que hablar y solucionar este embrollo. Sé que ella no quiere hablar contigo, que no te coge las llamadas y te ha bloqueado en WhatsApp. En una media hora estaremos en Ritmo Latino y estando frente a frente no se podrá negar. Desempolva al Salvador de antes de la víbora de Lorena y conquístala como mejor puedes hacerlo con ella.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, hermanito. Alejandra no es un polvo de una noche, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Pues echa toda la carne en el asador y a por todas. Ya sabes dónde estaremos en un rato.

Iván colgó sin despedirse, sabía que eso irritaba enormemente a su hermano, pero bien merecido lo tenía por ser un capullo indeciso que había tardado siete años en decidirse a dar el paso y entender que Alejandra era la mujer perfecta para él.

Volvió a la mesa y todos estaban pidiendo ya los postres. Iván se unió a ellos y sonrió al ver que Alejandra había pedido por él, después de tantos años juntos, se conocían perfectamente, y por eso se había decidido a alcahuetear para que lo que había empezado entre su hermano y ella llegara a buen fin.

Terminaron de cenar y salieron del restaurante. Solo tenían que cruzar la calle y andar unos metros para llegar a Ritmo Latino. Lo hicieron rápido porque empezó a chispear y el frío calaba los huesos.

Tras entrar en el local, que todavía no estaba demasiado lleno, dejaron los abrigos y bolsos en una de las sillas de una de las mesas más cercanas a la pista de baila, para tenerlos controlados.

Iván vio a su hermano apoyado al final de la barra y sonrió. Hizo una señal a Fabián para que lo acompañara a la barra a pedir las bebidas, aprovechando que Lucía y su ligue habían ido al baño, y dejando a Alejandra.

Salvador entendió al instante el mensaje que su hermano le había querido transmitir con aquel movimiento de cabeza y el guiño de uno de sus clarísimos ojos grises. Pidió al DJ que pusiera la canción que le había pedido unos minutos antes y se dirigió a la pista de baile.

Alejandra escuchó los sones de *Valió la pena* de Marc Anthony y no pudo

evitar mover las caderas. Cuando sintió unas manos en ellas que la invitaban a girarse, pensó que se trataba de Iván y cerró los ojos unos instantes para concentrarse en la música, en el baile, pero este no empezó y eso le extrañó.

Tras un par de segundos, volvió a la realidad de la pista, al ser consciente que quien estaba dispuesto a bailar con ella era más alto que su habitual pareja. Fijó la mirada en el hombre que tenía delante y abrió los ojos y la boca debido a la sorpresa. Se trataba nada más y nada menos que de Salvador.

—¿Bailamos? —preguntó Salvador, temeroso de que pudiera apartarlo de ella. Volver a tocarla había conseguido que una ola de calor invadiera todo su cuerpo.

—Creo que no... —Alejandra era incapaz de seguir hablando al sentirlo tan cerca.

—Por favor —rogó, posando su frente sobre la de ella.

—Tú no sabes bailar, aunque yo tampoco debo forzarme demasiado.

—Nada es lo que parece, y no hablo solo del baile.

—Salvador, no tienes que darme explicaciones.

—No tendría que dártelas si no hubieras escuchado solo parte de una conversación, no tendría que dártelas si anoche hubiera sido más sincero y te hubiera dejado claro qué quiero de nosotros, no tendría que dártelas si no hubiera sido siempre un estúpido contigo durante tantos años y hubieras conocido al auténtico Salvador, pero no ha sido así.

—Para, no quiero...

—Sí, llevo muchos años siendo una persona que huye del compromiso, que te juzgué sin conocerte y te puse en el mismo nivel que la cabrona que... El día que te conocí, aquí mismo, en esta pista, bailando con mi hermano, me gustaste, me hiciste arder por dentro con cada movimiento de tus caderas, pero entonces Iván me dijo quién eras. Estuve tentado de seducirte, de llevarte a mi cama y darte la patada a la mañana siguiente, de hacer contigo lo mismo que

ella hizo conmigo, pero no pude, tu sonrisa sincera me lo impidió, y por eso me aparté de ti y quise mantenerte lejos.

—Salvador, no sigas, por favor.

—Me gustas, me vuelves loco, tanto que ya no tengo miedo, que has tumbado todas mis barreras, que no me importa volver a intentarlo. Sabes que en estos meses hemos tenido muchas oportunidades para liarnos, que hubiera sido muy fácil, pero tú no eres mujer de una noche.

—Entonces, ¿qué soy?

—Eres mujer de una vida, de un día tras otro... Eres todo lo que necesito, y he tardado siete años en darme cuenta y aceptarlo.

—Sí, quiero —dijo Alejandra con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—¿Qué quieres? —quiso saber Salvador ante aquellas palabras que no lograba entender.

—Sí, quiero bailar contigo.

—¿Estás segura? —Sonrió al entender lo que aquellas palabras significaban.

—Sí, estoy segura, pero intenta no pisarme, ¿vale?

—¿Nunca te ha dicho mi hermanito quién le enseñó a bailar salsa?

Y no hubo más palabras entre ellos. Salvador tomó las riendas de aquel baile, dejando a Alejandra completamente sorprendida, sabiendo que esa noche empezaría a conocer a quien se escondía tras la fachada de aquel hombre insoportable.

# EPÍLOGO

*Un año después*

Alejandra estaba terminando de maquillarse en el camerino cuando la puerta se abrió y apareció Salvador con su habitual sonrisa.

—Date prisa, Iván está impaciente, sois los siguientes.

—Ya estoy lista. Vamos.

Salvador siguió a la mujer que lo volvía loco desde el día que decidió que ya estaba bien de no ser el que había sido siempre, que había vuelto a ser feliz.

Justo antes de salir del pasillo por el que caminaban, Alejandra se giró y se abrazó a su cuello.

—¿Me das mi beso de buena suerte?

—Claro que sí. —Salvador besó con delicadeza sus labios para no estropearle el maquillaje.

—Este va a ser el último concurso en un tiempo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ve al camerino y mira lo que hay en el bolsillo delantero de la maleta. Te da tiempo antes de que nos toque bailar.

Alejandra desapareció y Salvador hizo caso a lo que le había dicho. Entró en el camerino, buscó la maleta, abrió el bolsillo que le había indicado y tuvo que sentarse. Nada lo tenía preparado para lo que allí encontró: una prueba de embarazo con un positivo claro.

FIN